

DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL DE DON ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN EN SU INGRESO COMO ACADÉMICO NUMERARIO

JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO
ACADÉMICO NUMERARIO

Cuando se cumple en este mes de noviembre doscientos años del nacimiento de nuestra Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, esta institución cultural –la más antigua de Córdoba y su provincia- abre sus puertas y se viste de gala –como corresponde a una sesión solemne- para recibir y dar la bienvenida a un nuevo Académico Numerario: el profesor Dr. D. Enrique Aguilar Gavilán, adscrito a la sección de Ciencias Históricas. Es norma, desde que en el año 1889 la Academia en una de sus Juntas tomó el acuerdo de contestar los discursos de ingreso de los académicos numerarios, que la Junta Rectora nombre a un Académico de Número, según recoge el artículo siete de su Reglamento de Régimen Interno, para que conteste al recipiendario en el acto de la recepción.

En esta ocasión por deseo expreso del nuevo Académico dicha responsabilidad ha recaído en mi persona, si bien soy consciente que dicho honor –que acepto y agradezco profundamente- se debe simplemente a la antigua amistad que nos une, pues considero que cualquiera de mis compañeros puede realizar dicho cometido con mayor eficacia y brillantez, dado el magnífico discurso realizado por el recipiendario, merecedor de todo tipo de elogios y felicitaciones, tanto por su contenido como por su clara y didáctica exposición. Es precisamente a esa amistad, que se inició a fines de la década de los años sesenta, a la que recurro para que una de mis obligaciones en este discurso de contestación –como es la de dar a conocer los numerosos y valiosos méritos que adornan su persona- no se convierta en una mera y fría enumeración curricular.

Nace Enrique Aguilar en Córdoba, cuando aún no había transcurrido ni una década de la terminación de aquella guerra fratricida que había dividido nuestra nación. Su infancia transcurre, pues, en esos años difíciles, llenos de dificultades, en los que se desenvuelve la vida cotidiana de las familias cordobesas que intentan mejorar con su trabajo el futuro de sus hijos. Realiza sus estudios de bachillerato –primero en el instituto Góngora y, más tarde, en el Séneca, cuando la sección de niños es trasladada a este nuevo edificio-, donde recibirá –como todos los que coincidimos en dicho centro- un buen bagaje cultural gracias a un magnífico equipo docente. Son años en los que sus aficiones musicales, creo que no desvelo ningún secreto, acompañan esta primera etapa de su formación.

Posteriormente inicia sus estudios de Magisterio (2ª promoción del Plan 67) en el

recién estrenado edificio de la Escuela Normal de la barriada cordobesa del Sector Sur, donde coincidimos durante tres años, siendo especialmente de grato recuerdo el año de prácticas, en el que no solo conocimos la realidad educativa cordobesa de finales de los años sesenta sino que también compartimos otros momentos más lúdicos, como aquella famosa capea de final de curso, donde nuestro compañero académico nos mostró otra de sus facetas artísticas, creo que poco conocida. Es precisamente en estos años cuando conocerá a una admirable e inteligente profesora de Lengua y Literatura, recién llegada a la Escuela Normal, que en cierto modo dará un cambio a su vida. Me refiero a la que hoy es su comprensiva esposa y secretaria de nuestra Real Academia, M^a José Porro.

Terminados los estudios en la Escuela de Magisterio obtiene plaza directa en el Cuerpo de Profesores de Enseñanza Primaria, al tener un excelente expediente académico, y toma posesión de su escuela –como nos ocurrió a casi todos los integrantes de dicha promoción- en una aldea de Priego de Córdoba, donde la enseñanza diaria con los alumnos sería muy distinta a la teoría que habíamos aprendido en las aulas. Durante diez años, desde 1972 hasta 1982, impartiré –como maestro nacional- sus clases en diversos colegios cordobeses.

Pero sus ansias y deseos de superación, lejos de una actitud conformista, que han sido siempre y son aún las señas de identidad de nuestro nuevo Académico Numerario, le hace iniciar una nueva etapa de su vida en el antiguo edificio del hospital del Cardenal Salazar, reconvertido en los primeros años de la década de los setenta en Colegio Universitario, y más tarde en Facultad de Filosofía y Letras, de la recién creada Universidad cordobesa. Allí volvimos a coincidir como compañeros de estudio –y también de algunos momentos de ocio- durante cinco años, en los que junto a un grupo de maestros que iniciamos en 1971 los estudios de Filosofía y Letras vivimos la experiencia de formar parte de la primera promoción de la recién creada Facultad, lo que daría lugar –aunque éramos de distintas edades- a una amistad que ha perdurado con el tiempo. Fueron durante estos años, en los que trabajo y estudio eran compartidos con ilusión y deseos de conseguir un futuro mejor -no en vano estábamos viviendo los últimos años del franquismo-, cuando comienza a vislumbrar el camino por el que trascorriría más tarde su vida intelectual: la historia contemporánea. Gracias a su esfuerzo y tesón termina con un brillantísimo expediente sus estudios universitarios, obteniendo el Premio Extraordinario de Licenciatura, y unos años más tarde, después de finalizados los cursos de doctorado y defendida su tesis doctoral, se le concede igualmente el Premio Extraordinario de Doctorado.

Con este bagaje cultural e intelectual comienza en la década de los ochenta su etapa universitaria como docente, obteniendo en 1989 su plaza como Profesor Titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Córdoba. A partir de este momento inicia una fecunda etapa como docente e investigador, que llega hasta el momento presente y habla por sí sola –como veremos a continuación- de las múltiples cualidades personales e intelectuales del nuevo Académico Numerario.

Durante estos años su labor como docente no ha quedado limitada tan solo a la universidad cordobesa, sino que en múltiples ocasiones ha sido invitado a diversas universidades extranjeras donde ha impartido sus clases. Así, durante los años ochenta asistió como profesor invitado a las Universidades Norteamericanas de *Wellesley College*, *Brown University*, *Smith College*, *Oberlin College*, *Trinity College* y *College of Wooster*; posteriormente, durante la década de los noventa y la primera de este siglo estuvo durante ocho cursos académicos como profesor invitado en el *Département*

d'Etudes Hispaniques et Hispanoaméricaines de la Universidad de París; igualmente, en el año 1995, impartió sus clases como profesor invitado en Alemania, en la Universidad de Passau. Su calidad docente se ha visto igualmente contrastada en los innumerables actos en los que a nivel local y nacional ha actuado como conferenciante.

Pero si importante es su labor docente no lo es menos su actividad investigadora, como así lo demuestra su participación en diversos grupos de investigación y su amplia y variada producción historiográfica. En cuanto a lo primero, baste recordar para ello su participación desde el año 1989 en los siguientes grupos de investigación: “La clase política andaluza en el régimen de la Restauración” (1989-1992), “Historia Viva: Empresa y Empresarios en Andalucía” (1993-1997), “Las claves de nuestro tiempo: Guerra, Franquismo y Transición” (1997-2003), del que fue responsable a partir de 1999, y “Sociología de la literatura andaluza y sus relaciones con Hispanoamérica” (2003). Ha sido igualmente director responsable del “Inventario y diagnosis de los bienes muebles del Museo de Bellas Artes de Córdoba”, en concreto de la “Colección Romero de Torres”. En cuanto a lo segundo, cabe destacar sus libros *Vida política y procesos electorales en la Córdoba isabelina (1836-1868)*, *Historia de Córdoba, Córdoba en el pasado, breve historia de una ciudad Patrimonio de la Humanidad y Andalucía durante la Guerra de la Independencia*, así como su participación en obras colectivas como *Historia Universal. Siglo XX* de la editorial Nájera e *Historia Universal* de la editorial Océano y la coordinación y prólogo del libro *La Universidad de Córdoba en el Centenario de la Junta para la Ampliación de Estudios (1907-2007)*. Ello, unido a los innumerables artículos publicados en libros, Actas de Congresos, Coloquios o Encuentros de carácter local, nacional e internacional, revistas científicas –tanto locales como nacionales-, y Boletines, como el de la propia Real Academia de Córdoba, lo convierten en un depurado especialista de la historia cordobesa contemporánea, en general, y decimonónica, en particular, méritos más que suficientes que esta Real Academia supo valorar cuando en 1995 lo incorporó a su nómina como correspondiente en Córdoba de la sección de Historia.

Pero quien de verdad conozca al profesor Aguilar Gavilán sabe que su verdadera dimensión humana y profesional no se encuentra tan solo en esos, ya de por sí importantes y valiosos méritos docentes y de investigación, sino en la magnífica labor de gestión que ha venido realizando en cada uno de los cargos y puestos que ha desempeñado dentro de la Universidad cordobesa, tanto en sus órganos rectores como en aquellos eventos dependientes de la misma. Entre ellos cabe mencionar los de Secretario del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América (1997-2002 y desde 2009 hasta ahora), Secretario del Comité Organizador del II y III Congreso de Historia de Andalucía (1989-91 y 1999-2001) y del Congreso Internacional “1808: Guerra y Revolución en Andalucía” (2008), Secretario del Instituto de Andalucía (1991-1995), Miembro de la Comisión de Doctorado de la Universidad de Córdoba (1995-1998), Miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad de Córdoba en representación del Profesorado (1998-2002), Secretario General de la Universidad de Córdoba (mayo de 2002 a mayo de 2006) y Miembro del Consejo de Gobierno de la Universidad de Córdoba en representación del Profesorado (desde el año 2006 hasta ahora). Muy especialmente cabe destacar en este apartado el impulso cuantitativo y cualitativo dado a la Cátedra Intergeneracional “Profesor Francisco Santisteban” durante los años que estuvo bajo su dirección (1998-2002), llegando a alcanzar los mil alumnos matriculados, setenta docentes y extender su radio de acción a las localidades de Lucena, Cabra y Priego de

Córdoba.

Esas magníficas cualidades de gestión y organización se han visto igualmente refrendadas en todos aquellos actos culturales (cursos de verano, ciclos de conferencias, etc.) y eventos científicos (congresos, coloquios, jornadas, etc.) que ha presidido, en muchos de los cuales ha actuado también como conferenciante, cuya enumeración sería muy prolija. Es precisamente esa espléndida y eficiente labor, que ha venido realizando a lo largo de estos años en todas aquellas responsabilidades que se le han encomendado, la razón principal que ha llevado a los directivos de la Caja Rural de Córdoba a fijarse en él para ponerlo al frente de la dirección de su Fundación a partir del presente año.

Esta es, pues, la trayectoria vital y profesional del nuevo Académico Numerario que hoy tenemos el honor de acoger en esta bicentenaria institución cordobesa, que a partir de este momento se honra con su incorporación a la misma. Pero no quiero finalizar esta primera parte sin hacer mención de tres cualidades que, a mi juicio, completan la personalidad del nuevo recipiendario: su cordobesismo y compromiso con la ciudad, buena muestra de ello lo tenemos en sus artículos de prensa y en sus intervenciones radiofónicas y televisivas en medios de comunicación locales; su cariño y amor a la familia, especialmente a su esposa y sus dos hijas, refrendado en su entrega cotidiana a ellas, y el valor que da a la amistad en el quehacer diario, del que puedo dar fe desde hace –como han podido comprobar- muchos años.

Y es precisamente esa amistad –como les dije al principio de este discurso de contestación- la que me ha llevado igualmente al dilema en el que me encuentro en la segunda parte del mismo: ¿cómo responde un aprendiz de medievalista a una intervención tan brillante y de la altura intelectual que acaban ustedes de presenciar, máxime sobre un período histórico que no entra en mi línea de investigación?. Espero que sepan perdonar mi atrevimiento, pues sigo pensando que algunos de mis compañeros aquí presentes están más cualificados para este menester.

Durante la disertación del profesor Aguilar Gavilán, en la que nos hemos trasladado a la Córdoba de nuestros padres y abuelos y de la que igualmente participamos en nuestra niñez y adolescencia, hemos podido observar que la ciudad de Córdoba experimentó entre el “Desastre” y el “Milagro Económico” un cambio en su desarrollo urbanístico. La consecuencia del mismo fue –como ha referido el nuevo Académico Numerario- el traslado del nuevo centro de la ciudad a un espacio que, para muchos de los aquí presentes, nos trae buenos recuerdos de nuestros primeros encuentros con aquellas tímidas jovencitas de los últimos años de la década de los sesenta. Me refiero a la plaza de las Tendillas, cuyo emplazamiento en una plataforma llana, levantada a unos veinte metros sobre el Guadalquivir, fue determinante para que los fundadores de nuestra ciudad situasen en las cercanías de este lugar el centro neurálgico de la Córdoba romana, que posteriormente en época islámica sería desplazado hacia el sur por la ubicación de la Mezquita Aljama y más tarde –después de la reconquista cristiana- volvería a desplazarse –sin perder su proximidad al Guadalquivir por las industrias allí existentes- hacia la plaza del Potro a finales de los siglos bajomedievales, cambiando durante las centurias modernas a la plaza de la Corredera para continuar migrando en el siglo XIX hacia las calles Espartería, Capitulares, Librerías, Letrados, etc. y terminar de nuevo –debido a la atracción que ejercía el ferrocarril desde su llegada a Córdoba- en su primitiva localización de la época romana.

Al estudio de esta plaza, considerada por R. Molina como “el corazón de la ciudad” a partir de su reforma en los años veinte de la centuria pasada, así como a su evolución

urbana desde las primeras noticias documentales existentes sobre ella vamos a dedicarle las siguientes líneas.

El origen de la plaza de las Tendillas se remonta a la época bajomedieval, pues en 1386 se hace referencia a la existencia de la misma en la red viaria cordobesa. Dicha plaza, irregular y poco estética -como la describiría siglos después Ricardo de Montis-, abarcaba un espacio muy inferior al actual. En dicha etapa histórica pertenecía a tres collaciones: San Juan (sector suroccidental), San Nicolás de la Villa (sector occidental) y San Miguel (resto de la plaza), y era tan sólo un pequeño ensanche constituido por la confluencia de varias calles, que formaban parte de los dos grandes ejes viarios que atravesaban el sector urbano de la Villa cordobesa de norte a sur -uniendo las puertas de Osario y del Puente- y de este a oeste -enlazando las puertas del Hierro o de San Salvador y de los Gallegos- y que se cruzaban precisamente en este lugar.

En esta época histórica desembocaban en este lugar solamente cinco calles, cuyos nombres con referencia al Plano de los Franceses de 1811 -el más antiguo que se conserva de nuestra ciudad- eran las siguientes: la Plata (actual Victoriano Rivera) y Abades (actual San Álvaro), pertenecientes a la collación de San Miguel; Conde de Gondomar, que formaba parte de la collación de San Nicolás de la Villa; los Siete Rincones (actual Málaga), de la collación de San Juan; y Jesús y María, perteneciente a la de Santo Domingo. La calle del Paraíso (actual Duque de Hornachuelos), que en dicho plano de principios del siglo XIX tenía salida a las Tendillas, no existía en su tramo más cercano a la plaza durante la Baja Edad Media.

Su nombre primitivo fue Tendillas de Calatrava, que aparece documentado por primera vez en 1405, mientras que para la segunda mitad del siglo XV se menciona también como plaza o plazuela de las Tendillas, topónimo que ha permanecido hasta el momento presente, si bien en otros momentos históricos -más cercanos a nosotros- se ha conocido también como plaza de Cánovas, de la República o de José Antonio, aunque popularmente siempre ha mantenido su nombre de origen bajomedieval, que fue debido a dos motivos fundamentalmente. El primero, a la ubicación en su sector oriental de las casas principales y convento de la orden militar de Calatrava, siendo éste el edificio más importante del lugar ya que abarcaba una gran extensión de terreno, pues aproximadamente comprendía casi todo el actual espacio abierto de la plaza, ya que iba desde la antigua calle Diego León a las Tendillas y desde la terminación de la calle de la Plata (actual Victoriano Rivera) hasta la de Jesús y María, ocupando también gran parte de esta última vía y de la del Paraíso (actual Duque de Hornachuelos). El segundo hecho que motiva el primitivo topónimo es la existencia también desde las centurias bajomedievales de algunos edificios comerciales (casas-tiendas y tiendas) en el tramo que pertenecía a la collación de San Nicolás de la Villa, lo que le daba cierto carácter comercial a este lugar. En este mismo tramo de la plaza se localizaba también un hospital para atender a los pobres, entre las calles Conde de Gondomar y Siete Rincones, que desaparecería a fines de la Baja Edad Media cuando se unió al de la Caridad.

La imagen urbana de esta plaza y sus alrededores apenas cambió durante las centurias modernas. Tan sólo se abrió -como señala Puchol Caballero- una nueva vía urbana para facilitar la comunicación desde la actual plaza de la Compañía a las Tendillas (actual Duque de Hornachuelos), ya que para llegar a este lugar por el ángulo sureste había que dar un excesivo rodeo. Con esta finalidad el Comendador de la Encomienda de Calatrava, previa facultad real, vendió en 1564 una parte de las Casas principales de

dicha Orden Militar –concretamente, los patios y corrales- para que en dicho terreno se construyesen casas y tiendas, en un plazo de tres años, y se hiciese una calle que se pudiera vender al Ayuntamiento para que con las ganancias obtenidas se pudiese restaurar las Casas de la Orden. Tres años después, sin embargo, la calle, que debía hacerse “a hilo y a cordel... desde la entrada del postigo hasta la calle real y portada principal”, situada “en las Tendillas de Calatrava donde a de comenzar la dicha calle”, aún no se había terminado, insistiendo el cabildo municipal en la importancia de su realización para beneficio de la ciudad, lo que llevaría a la finalización de sus obras.

Por lo que respecta al carácter comercial de la plaza, éste prosiguió durante los siglos XVI al XVIII, llegando a destinarse incluso en las dos últimas centurias de esta época a mercado, abundando los puestos con toda clase de artículos comestibles. En cuanto al convento de la orden militar de Calatrava, el edificio –como dijimos anteriormente– más importante de la plaza durante varias centurias, quedó convertido en un gran solar con la desaparición de la misma, cerrando sus viejos muros la plaza frente a la calle Conde de Gondomar.

Este solar –conocido como casa de la Encomienda- fue comprado a mediados del siglo XIX, junto a una casa contigua que tenía fachada a las antiguas calles Diego León y Paraíso, por tres industriales suizos, los hermanos Nicolás, Fester y Ambrosio Putzi, conocidos como los hermanos Puzini, que con su trabajo habían conseguido reunir una importante fortuna y pensaron aumentarla edificando una fonda en este lugar para aprovechar la afluencia de viajeros a la ciudad cordobesa con la llegada del ferrocarril. La construcción del edificio, en el que se utilizaron materiales pertenecientes al antiguo convento de Calatrava, comenzó en 1860 y acabó diez años después, si bien dejaron una parte del solar –la más próxima a las Tendillas- sin edificar con vistas a una futura ampliación. Mientras duró la obra, como nos relata la profesora Martín López, se establecieron provisionalmente en la casa contigua que habían adquirido, aprovechando la ocasión para solicitar al Ayuntamiento un alineamiento de las calles Paraíso y Diego León, así como la apertura de una nueva calle que partiendo del Instituto Provincial, situado en la calle Diego León, comunicara con la plaza de las Tendillas, lo que redundaba en su propio beneficio al embellecer el entorno del futuro hotel. La negativa del Ayuntamiento, como gestor del espacio público de la ciudad, llevará a un enfrentamiento entre el poder municipal y los intereses privados de los hermanos Puzini, que retrasará las alineaciones completas de estas dos calles hasta finales del siglo XIX.

Será el gran periodista Ricardo de Montis quien en sus *Notas Cordobesas* nos recree el ambiente existente en la plaza de las Tendillas durante buena parte de la centuria decimonónica y primeros años de la siguiente. El citado autor hace referencia no sólo a los establecimientos existentes en la misma, como la Relojería Suiza, el restaurante de Cerrillo, varias botillerías, algunas tiendas dedicadas a la venta de comestibles y chucherías y diversos talleres de zapaterías, sastrerías, etc., sino también a la presencia delante de la puerta del solar de la Encomienda, cuyas paredes servían para fijar carteles y anuncios de todo tipo, de los gallegos o mozos de cordel, los sacamoleros, los vendedores de relaciones y romances, los curanderos, los prestidigitadores y los ciegos que buscaban algo de caridad.

Pero esta imagen y estructura urbana de la plaza de las Tendillas heredada del pasado estaba a punto de desaparecer, ya que la nueva clase social –la burguesía- y el nuevo orden económico –el capitalismo- imperante en toda España en la segunda mitad

del siglo XIX demandaba una ciudad más moderna y acorde con los gustos de la época, donde fuese posible el tránsito de carruajes, que llevará en gran parte a la destrucción de nuestro casco histórico, en general, y a la regularización y ensanche de la plaza de las Tendillas, en particular. Dicho proceso se encuentra recogido en los libros *Córdoba en el siglo XIX. Modernización de una trama histórica*, de Cristina Martín López, y *Cartografía y Fotografía de un siglo de urbanismo en Córdoba (1851-1953)*, de la misma autora y de Francisco R. García Verdugo.

La búsqueda de nuevos espacios urbanos, que en cierto modo fuesen como un escaparate de la nueva ciudad de Córdoba, llevaría a las autoridades cordobesas a la apertura del Paseo del Gran Capitán (1859-1869) para intentar comunicar la urbe con la estación de ferrocarril, ubicada extramuros y símbolo del progreso, lo que tendrá una consecuencia inmediata en toda la red viaria de este sector de la ciudad: el intento de unir el nuevo centro de la ciudad con el antiguo de la Corredera y de las calles Espartería, Capitulares, Librería, etc., facilitando de esta forma la comunicación entre la parte alta y baja de la ciudad. Si el primer paso para ello fue la apertura en la segunda mitad del siglo XIX del primer tramo de la calle Claudio Marcelo entre las calles Capitulares y Arco Real (actual M^a Cristina), los siguientes serán la ampliación de la plaza de las Tendillas y la prolongación de la calle Claudio Marcelo hasta la de Diego León, donde incluso se llegó a pensar en poner una estación central de tranvías, en los primeros años del siglo XX.

El primer proyecto para la reforma de las Tendillas se llevó a cabo en diciembre de 1895 y tenía como base la expropiación del solar de la Encomienda, situado a la izquierda de la Fonda Suiza, la regularización y alineación de varios frentes de la plaza que afectaban a las seis calles que concurrían a la plaza y la construcción de una calle que iría desde la misma hasta la fachada del Instituto en la calle Diego León, quedando al final un espacio rectangular de 55 metros de largo y 43 de ancho. El proyecto se abandonó por falta de medios económicos y se retomó en 1902, volviéndose de nuevo a dejarlo en suspenso por los mismos motivos hasta 1907, año en el que se encarga por parte del Ayuntamiento un nuevo proyecto –similar al primero– para regularizar, ampliar y embellecer la por entonces llamada plaza de Cánovas, topónimo que por unos años sustituiría al antiguo de Tendillas, y abrir una calle desde la plaza a Diego León. Una vez aprobado, y expropiadas las propiedades necesarias para llevarlo a cabo –a pesar de las reclamaciones de sus dueños, especialmente del señor Putzi–, se llevaron a cabo las obras necesarias para dar mayor regularidad y tamaño a la plaza, quedando abierta la nueva calle de Sánchez Guerra, con lo que el edificio de la Fonda Suiza quedó totalmente aislado y con una nueva fachada a la plaza y calle abierta, instalando sus propietarios en la parte reedificada la cafetería, confitería y restaurante que poseían en la calle Ambrosio de Morales.

Una vez realizada la reforma, se observó que el ensanche de la plaza no era suficiente y que la nueva calle no terminaba de resolver la comunicación entre la parte alta y baja de la ciudad, por lo que se pensó en un nuevo proyecto más ambicioso. Éste consistía en dar mayor ensanche a la plaza, prolongar la calle Claudio Marcelo hasta la de Diego León y variar la dirección de la calle de Sánchez Guerra para que pudiese enlazar con la de Claudio Marcelo. Pero este proyecto no tuvo un éxito inmediato porque chocaba con la oposición de los señores Putzi, que eran los propietarios de los inmuebles más afectados por el mismo. En 1918 el Ayuntamiento pudo por fin hacerse con la propiedad del Hotel Suizo, después de indemnizar a sus propietarios con una elevada cantidad

de dinero. Pero habría que esperar aún unos años para que se acometiese la reforma de la plaza de las Tendillas, de acuerdo con el proyecto redactado por el arquitecto municipal Félix Hernández, que fue aprobado en julio de 1925 bajo la alcaldía de José Cruz Conde. El proyecto contemplaba, además del derribo del edificio del Hotel Suizo, una compleja operación urbanística al modificar todas las líneas de fachada de la llamada aún plaza de Cánovas, cambiar las alineaciones de varias calles que aflúan a la plaza y ampliar la de Victoriano Rivera, derribar la totalidad de los inmuebles de la manzana delimitada por dicha calle, la de Diego León y Mármol de Bañuelos y abrir una vía que uniría la plaza con la calle de Góngora para que encauzara el tráfico rodado de esta parte de la ciudad y la estación ferroviaria (actual calle Cruz Conde). Todo ello proporcionó a la plaza de las Tendillas una extensión de 5.817,48 metros cuadrados, suficiente para regular todo el movimiento que en el futuro ocasionaría el traslado del centro neurálgico de la ciudad hacia el oeste.

La plaza de las Tendillas, presidida por la estatua del Gran Capitán, quedó plenamente configurada hacia el año 1930, adquiriendo con esta reforma la categoría de centro vital de la ciudad cordobesa y del espacio más relevante de la Córdoba moderna, elevando la cotización y desarrollo de esta zona que fue objeto de una intensa especulación inmobiliaria. Al mismo tiempo solucionaba para buena parte del siglo XX el problema de tráfico en el interior del casco histórico, convirtiendo a esta plaza, no sólo en un núcleo de dispersión del mismo por las diversas calles que a ella conflúan, sino en el centro de un eje de circulación oeste-este que resolvía el grave problema de incomunicación entre la parte alta y baja de la ciudad.

Desde dicho momento la plaza de las Tendillas, a la que se intentará cambiar su nombre –sin éxito– en épocas posteriores, solamente ha sido objeto de pequeños cambios urbanísticos y ha permanecido como fiel testigo de lo ocurrido en la ciudad durante gran parte del período histórico al que ha hecho referencia nuestro recién incorporado Académico Numerario, al que de nuevo felicito por su excelente discurso a la par que le doy mi más sincera y cordial enhorabuena, deseándole una brillante vida académica.